

La investigación de los acúfenos o Las cantantes silenciosas

¿En qué lenguaje hablan las cosas del mundo para que podamos entendernos con ellas por contrato? [...] Por supuesto, ignoramos la lengua del mundo, o solo conocemos de ella las diversas versiones animista, religiosa o matemática¹.

—Michel Serres

Así, busco historias reales que son también fabulaciones especulativas y realismos especulativos².

—Donna Haraway

Nota de la autora del presente informe

La investigación sobre los acúfenos constituyó un momento crucial en la historia de los estudios consagrados a las artes expresivas de los mundos animal y vegetal. Fue una indagación larga y difícil, pero tanto el enigma que la suscitó como su resultado modificaron radicalmente el campo del saber y abrieron nuevos métodos de investigación. La histórica Asociación de Terolingüística se había encargado hasta entonces de la traducción y el análisis de las literaturas salvajes. Sin embargo, en determinado momento, se constató que sus métodos y su manera de definir el campo de estudio, por heurísticamente fecundos que resultaran, excluían de la

práctica literaria a un gran número de especies que, según se sospechaba, podrían haber elaborado formas novelescas, poéticas, líricas o panfletarias de notable complejidad. Este cuestionamiento fue decisivo para el éxito de la investigación de los acúfenos y, por ello, decidimos reconstruir su historia con ayuda de los documentos encontrados. Con todo, para este informe tan voluminoso solo hemos recuperado de los archivos aquellos materiales que nos han parecido esenciales para su comprensión.

Archivo n.º 324 (fondos de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas)

Extracto del acta de la reunión de creación de una nueva asociación distinta e independiente de la Asociación de Terolingüística

En primer lugar, los miembros del comité científico han querido aplaudir de manera unánime los inmensos avances logrados hasta la fecha por la asociación de terolingüistas. Entre ellos, quedarán sobre todo en el recuerdo los propiciados por el descubrimiento de fragmentos de mensajes de hormigas que se encontraron, en forma de rastros de exudación de glándulas, en semillas de acacia cuidadosamente ordenadas³. Sostener que se trataba de un mensaje explícito y deliberado dejado por una hormiga anónima constituía una apuesta que, aunque arriesgada, al final se reveló ganadora. Por supuesto, el análisis de los fragmentos y, en especial, su traducción suscitaron mucha controversia en la comunidad terolingüística: dado que las hormigas no conocían el uso de la primera ni de la segunda persona en la formulación de los verbos, resultaba difícil traducir con precisión enunciados como «comer los huevos». Y no menos complicado era comprender el grito «¡arriba la reina!», pues, en un mundo en el que la altura representa justamente el peligro y lo que debe evitarse, ¿no hubiera sido más acertado interpretar, de forma no etnocéntrica, que se trataba de una expresión de rebeldía y

que significaba «¡abajo la reina!»? La idea, inimaginable hasta entonces, de una posible poesía panfletaria entre las hormigas constituyó un paso decisivo y amplió el campo de la teroliteratura para incluir muchas formas expresivas que hasta ese momento no se habían considerado. De igual modo, podemos felicitar a nuestros colegas por el brillante análisis de la escritura kinésica coral de los pingüinos de Adelia.

No vamos a enumerar aquí todos los éxitos, el mayor de los cuales ha de ser, sin duda, el haberles reconocido a las arañas (reparando así una injusticia que ya venía de antiguo) la verdadera maternidad de la metodología por excelencia de las ciencias históricas: la invención del archivo. Porque, en efecto, las arañas son las creadoras de esta magnífica invención que constituyó un descubrimiento primordial en y para la historia. Fueron ellas las primeras en desarrollar una tecnología de conservación de los acontecimientos, puesto que las telarañas son, antes que trampas, una cuestión arquitectónica o territorial; constituyen la memoria material y externalizada de conductas, técnicas y estilos⁴, son sedosas cartografías de recuerdos en incesante evolución. No existe mejor forma de definir el archivo y de concederles (por fin) a las arañas el mérito de haber creado esta valiosa ciencia. Y gracias a ese reconocimiento, las telarañas pudieron por fin incluirse en la lista del Matrimonio Mundial de la Unesco.

Pero la exhortación que formulara nuestro añorado presidente en su último editorial no fue atendida, ni siquiera entendida. Porque, tal como él nos advertía, estas investigaciones centradas en las formas lingüísticas animales (poéticas, líricas o incluso científicas), pese a todo su interés, se ven obstaculizadas por un terrible sesgo: siempre han privilegiado lo kinésico, y ese privilegio de lo kinésico, de la expresión en movimiento, es el privilegio de lo visible. Desde luego, la apuesta por ese privilegio se sustenta en la existencia de vestigios que además es posible conservar (principalmente, mediante fotografías o vídeos), pero ha hecho que los geolingüistas descuiden una parte inestimable del universo comunicativo de los animales (por no mencionar el de las plantas: vayan ustedes, con este método, a captar «los cantos delicados y transitorios del liquen»)⁵. Se recordarán los

términos de la exhortación presidencial: «En otro tiempo, llevamos a cabo el loable y necesario esfuerzo de renunciar al privilegio de lo audible, que contaminaba las investigaciones lingüísticas y condenaba a los animales al estrecho campo de las literaturas orales. Ahora nos corresponde ampliar nuestro campo de investigación y ambicionar la búsqueda de obras no visibles».

Por supuesto, nuestro deber para con la verdad histórica nos obliga a mencionar que ese «loable y necesario esfuerzo de renunciar al privilegio de lo audible» que invocaba el presidente no fue obviamente tan voluntario o pacífico como parece denotar el término «esfuerzo», pues motivó que los ornitolingüistas abandonaran nuestra asociación⁶. Pero tampoco es necesario volver a ese triste episodio, mejor quedémonos con lo que había de revolucionario en la propuesta del presidente: resultaba imperativo romper con ese privilegio de lo visible que limitaba considerablemente el futuro de las investigaciones. A partir de aquel momento, la misión que debían imponerse los terolingüistas era la de descubrir y traducir vestigios no audibles y no visibles. El presidente estaba convencido: esos vestigios debían existir y tenían un significado. Y ese significado solo podría desentrañarse analizando unos efectos cuyo alcance apenas podía imaginarse en aquella época.

Pero no se hizo caso al presidente. Los terolingüistas no estuvieron a la altura de aquella inmensa labor de renovación metodológica y esta ciencia reveló sus límites, por no decir su obsolescencia. En consecuencia, lo que se ha decidido es...

[Las hojas siguientes se han perdido. Pero puede inferirse, en vista de lo que siguió, que en aquel momento se tomó la decisión de crear una nueva asociación, a la que se llamó Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas. La Asociación de Terolingüística continuó desarrollando sus propios trabajos (y se desmarcó rebautizándose como «terolingüística clásica»), pero rehusó colaborar en la indagación de cuya historia se ocupa este informe.]

**Archivo n.º 451 (fondos de la asociación Ciencias
Cosmofónicas y Paralingüísticas)**

**Extracto de la carta de la señora de Frederic Lyman Wells
al doctor A. Bishop, psiquiatra docente en la Harvard
Medical School, con fecha de 15 de febrero de 1936**

Estimado doctor:

En respuesta a su petición, le envío noticias de mi esposo y colega suyo, Frederic Lyman Wells. A decir verdad, no son precisamente excelentes, pues su estado se ha deteriorado aún más. Insistió en retomar a toda costa sus investigaciones del pasado verano, pese a que usted le advirtió seriamente en contra de ello. Tenía usted la hipótesis de que el manejo demasiado frecuente del diapasón podría ser responsable de los acúfenos que viene sufriendo desde entonces. Él no solo discute esa hipótesis sobre la causa, sino que incluso afirma que no son acúfenos⁷. Sale cada mañana al alba hacia el prado de Hopkinton, a casi cuarenta kilómetros de nuestro domicilio, y permanece allí durante todo el día. Apenas se le ve ya en el laboratorio de psicología o en la clínica, donde debería continuar su investigación sobre los test. Fui a buscarlo algunas veces para suplicarle que volviera a casa. Manipulaba el instrumento y anotaba febrilmente cada reacción de las arañas a las vibraciones. Ahora dice que es su coreógrafo experimental, que cada una de esas vibraciones que les aplica —ya sea colocando el diapasón directamente en un hilo de la telaraña, en uno de los soportes donde esta se sujeta o en el mismo cuerpo de la araña— suscita movimientos de la máxima elegancia que él trata de anticipar. Las arañas bailan al compás de sonidos silenciosos, dice. Pero lo que más me inquieta son los acúfenos, porque, aunque él lo niegue, parecen haberse agravado en gran medida. Mi marido asegura que las arañas sometidas a esas vibraciones envían mensajes que él es capaz de oír. ¡Dice que le contestan! He consultado, como usted me había aconsejado, sus cuadernos de notas y he encontrado cosas tan extrañas que me hacen temer lo peor. Por ejemplo, con fecha de 21 de diciembre: «¡A-tenc(s)ión a los

derechos de los invertebrados!» (*)⁸. O con fecha de 3 de enero: «¡Ten cuidado con la venganza geológica cuando hables sin preguntar!» (*). Sondeado al respecto, afirma que se trata de oráculos o, más exactamente, de advertencias oraculares. El pasado lunes, tras haber recibido el supuesto «mensaje» «pregunta a quienes poseen mejores sentidos cuál es la dirección» (*), salió precipitadamente de casa en un estado de extrema agitación. No lo volví a ver durante dos días. Estoy, como puede imaginar, muy preocupada.

Reciba, estimado doctor, mi más cordial...

Archivo n.º 452 (fondos de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas)

Extracto de la respuesta del doctor A. Bishop al correo de la señora Wells, con fecha de 27 de febrero de 1936⁹

Estimada señora Wells,

En primer lugar, le ruego que disculpe el retraso en responder a su carta del 15 de febrero, pero deseaba ver a su esposo antes de escribirle a usted. Mantuve con él una larga conversación en la cual me aseguró que ya no tenía molestia ni inquietud alguna que referir. Yo le mencioné la de usted al respecto de las voces que él creía oír y le pregunté si estas podrían derivar de los síntomas que había padecido anteriormente. Me quedé muy sorprendido al oírle responder que sí, pero que no se trataba de síntomas. Le recordé entonces una frase que a él le gustaba repetir, en la que venía a decir que «en realidad oímos lo que esperamos oír». Sí, eso era verdad, admitió, pero solo podía aplicarse a lenguajes articulados como el de los humanos (por otro lado, ese era el asunto de la tesis que lo había llevado a estudiar en 1906 los lapsus lingüísticos y, más tarde, el problema de la percepción errónea de los sonidos). Pero ¿no podría ser también aplicable a este caso?, le sugerí yo. Con la salvedad de que las percepciones erróneas se producen a partir de sonidos y hacia las palabras, contestó él,

lo cual no ocurre aquí. Porque no se trata de verdaderos sonidos, sino de sensaciones vibratorias específicas e intencionales, y no puede decirse que sean realmente palabras, sino —y aquí lo cito— «impulsos de significado». ¿No serían entonces esas vibraciones —le pregunté yo— similares a las que él había estudiado en el laboratorio, es decir, equivalentes a las respuestas eléctricas del cuerpo humano (sobre todo, en forma de respuesta electrodérmica) ante los cambios emocionales? Y, si así fuera, ¿no sería en sus tímpanos donde tendría lugar la conducción de ondas eléctricas, en lugar de en la piel? Si bien la hipótesis de las ondas eléctricas le parecía admisible, estas no tenían, según él, un origen endógeno, sino que procedían sin ninguna duda de las arañas. De hecho, él seguía investigando en esa dirección, modificando las frecuencias del diapasón para incitar a las arañas a proponer otros tipos de respuesta a esos estímulos.

Le confieso que me resulta muy difícil proponerle que se someta a una batería de test. No solo porque él mismo es uno de los mayores especialistas en dichos test, sino porque tengo la impresión de que su confianza en ellos, paradójicamente, es bastante relativa, dado que en un artículo publicado hace apenas un año escribió que «no debemos considerar la obra de Rorschach, ni tampoco la de Binet, como un acto de fe tal como esta se reveló a los santos».

Con todo, sí le aconsejé que abandonara su actividad investigadora con las arañas, ya que podía dañar no solo su salud, sino también su carrera, al mantenerlo demasiado alejado de sus clases y sus trabajos clínicos. Eso ni pensarlo, me replicó. Estoy descubriendo que las arañas *Argiope aurantia* tienen reacciones muy diferentes, no solamente según el momento del año (su agresividad disminuye tras la primavera) y su grado de desarrollo, sino entre un individuo y otro. Poseen personalidades diferenciadas. Por ejemplo, una de ellas, una adulta, se distingue por su tendencia a dejarse caer al suelo cuando me aproximo (lo que dificulta especialmente los experimentos con el diapasón). Y todavía más sorprendente resulta que, comparada con individuos que presentan el mismo grado de desarrollo, esta adopte un comportamiento del todo diferente cuando la toco en el dorso con el diapasón, sin rozar

la telaraña. En lugar de atacar, como haría una aurantia de su edad, extendiendo el primer par de patas para agarrar aquello que la agrede, esta presenta el comportamiento típico de las arañas inmaduras: situada en el centro de la telaraña, la atraviesa hasta colocarse al otro lado, también en el centro (el movimiento que llamamos «de ida y vuelta»). Uno de sus congéneres hembra, al ser tocado con el diapasón en el vientre, efectúa ese mismo movimiento, pero en este caso para acercarse lo más posible al instrumento. Y otro, simplemente con aproximarme, ya reacciona de esta misma forma¹⁰.

Pude tomar nota, estimada señora, de todas las observaciones que su esposo utilizaba para comunicarme su entusiasmo, pero creo que este breve pasaje basta para mostrarle a usted hasta qué punto nos será difícil hacer que se plantee poner fin a sus investigaciones. Solo puedo animarla a sobrellevar con paciencia el sufrimiento y a tener confianza, dado que su marido ya no se queja de nada. Los científicos se muestran a veces excéntricos, y más aún si son apasionados. Como médico, únicamente puedo alentarla también a que lo acompañe cuando sale al campo, y a no prestar demasiada atención a esos discursos que son, cuando menos, extraños. La indiferencia es, a menudo, el mejor remedio para las muestras de extravagancia.

Se despide de usted, su más atento...

[Cabe señalar que, además del artículo en que se analizan las observaciones mencionadas en la conversación con el doctor Bishop («“Shuttling” in *Argiope aurantia*»), F. L. Wells publicará en julio de ese mismo año otro artículo titulado «Psychometric Practice in Adults of Superior Intelligence» (en *American Journal of Orthopsychiatry*, vol. VI, págs. 362-375), lo que parece indicar que no abandonó sus investigaciones en psicología humana. Pero hemos descubierto, en el informe anual de la Comisión de Salud Mental de Massachusetts correspondiente al ejercicio concluido en noviembre de 1938, que Wells dimitió de su cargo de director del departamento de Psicología para consagrarse, leemos en el informe, a sus investigaciones en la Universidad de Harvard (?). No sabemos

qué conclusión sacar al respecto. Wells no parece haber suscitado ninguna inquietud entre sus colegas (no hallamos mención alguna de los acúfenos y las voces) y es evidente que pudo desarrollar una larga carrera. Tras la jubilación, se dedicará por entero a las arañas y fallecerá en 1964, a la edad de ochenta años.]

Archivo n.º 568 (fondos de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas)

Nota científica de Tamara Cesnosceo, doctora en biotremología¹¹, dirigida a los miembros de la asociación

Tras la lectura del expediente de F. L. Wells y de muchos otros casos similares, hemos podido contabilizar suficientes antecedentes que confirmarían la hipótesis de una correlación entre las investigaciones sobre arañas efectuadas con diapasón y la aparición de acúfenos en los sujetos expuestos. Sin embargo, no todos parecen presentar el cuadro clínico completo de F. L. Wells, aunque no debemos descartar la posibilidad de que numerosos sujetos hayan preferido no mencionar determinadas particularidades asociadas a las alteraciones que experimentaban. En consecuencia, por más que pueda constatarse un vínculo estadístico cierto entre las investigaciones con diapasón y lo que, a falta de mejor término, se ha dado en llamar «acúfenos», ese vínculo sigue sin tener validez estadística en lo que respecta a la variable «mensajes», pues no todos los aracnólogos y las aracnólogas afectados por los acúfenos presentan esa particular forma (aparentemente) alucinatoria.

De acuerdo con nuestras investigaciones, el primer caso data de 1880. Se trata de un investigador del Laboratorio de Física de South Kensington, Charles Vernon Boys, del que pudimos encontrar una publicación en Nature¹². Su artículo, obviamente, no menciona los acúfenos, pero conseguimos hallar testimonios de antiguos alumnos de C. V. Boys según los cuales, a partir de cierta época, habría presentado

comportamientos extraños. Al parecer, siempre según algunos de estos testimonios, sufría problemas auditivos y, en ocasiones, durante las clases se creía interpelado cuando no era ese el caso. Señalemos, igualmente, que nuestra investigación nos llevó a descubrir que el novelista H. G. Wells menciona a C. V. Boys en su novela *El mundo de William Clissold*, publicada en 1926. Cabe precisar que, por lo que sabemos, no existe ningún parentesco familiar entre el célebre novelista y el psicólogo Frederic Lyman Wells (1884-1964), aracnólogo aficionado y también aquejado de acúfenos. En cambio, en lo concerniente a Boys, podemos estar seguros de que solo puede tratarse del mismo C. V. Boys, ya que el autor de la novela sitúa este episodio en ese mismo laboratorio de física de Kensington (sería muy improbable que fuera una coincidencia). Profesor deplorable e insuperablemente aburrido, Boys habría sido, según Wells, el investigador más brillante que le fue dado conocer. Wells no dice mucho más, ni tampoco menciona los trabajos sobre las arañas ni posibles comportamientos extraños.

No obstante, al parecer esa novela podría haber sido expurgada en su versión final. Según el diario de uno de los sobrinos del novelista, en una versión preliminar (hoy, por desgracia, perdida) se le había dado bastante más protagonismo al personaje. Así, Wells habría descrito en ella un buen número de excentricidades, por ejemplo, que Boys afirmaba investigar guiado por lo que él llamaba, dependiendo de su grado de vigilia, «ensueños entelarañados» o «sueños aracnocósmicos», un procedimiento que sobre todo le habría servido, por un lado, para inventar un radiomicrometro capaz de detectar la luz de una vela a un kilómetro y medio de distancia, y, por otro, para efectuar sus investigaciones sobre las pompas de jabón.

Pese a que nada garantiza que ese famoso borrador de la novela existiera verdaderamente, sí podemos afirmar que el auténtico C. V. Boys fue sin ninguna duda el inventor del radiomicrometro y el autor de la obra *Soap Bubbles: Their Colours and the Forces Which Mould Them* [«Pompas de jabón: sus colores y las fuerzas que las modelan»], libro que gozó de cierto éxito a comienzos de la década de 1890.

Asimismo, aunque no podamos demostrarlo, pensamos que estos dos temas de investigación guardan íntima relación con las arañas. Incluso tenemos la intuición de que son los que inspiraron las investigaciones sobre ellas¹³.

Por otro lado, en los apuntes de clase de uno de sus alumnos, hemos encontrado transcrita esta afirmación de Boys: «Durante mucho tiempo he creído —incluso lo he escrito tras haber observado muchas veces cómo las arañas se precipitaban sobre el diapasón o sobre el punto de la telaraña que este había tocado mientras vibraba— que las arañas se comportan como si no hubieran aprendido “que hay otras cosas capaces de emitir zumbidos, aparte de las que constituyen su alimento natural”. Estaba equivocado. Las arañas lo saben muy bien. Somos nosotros los que no hemos aprendido a dar respuesta a su respuesta».

Hemos verificado que, en efecto, la frase («como si [las arañas] no hubieran aprendido...») figura en el artículo de Boys sobre las arañas aparecido en *Nature* en 1880, lo que parece respaldar la fiabilidad de este último testimonio.

En conclusión: ante todo debe precisarse que estos casos, bastante raros al inicio de las investigaciones con diapasón, se han multiplicado durante los últimos años, sin que parezca haber razón evidente para que semejante epidemia se haya extendido entre quienes profesan la aracnología.

De todos modos, aunque entre los investigadores y las investigadoras que utilizan con las arañas este tipo de procedimiento hayan surgido últimamente cada vez más casos con sintomatología del tipo «acúfenos», ello no ha de llevarnos demasiado pronto a la conclusión tantas veces invocada: que el diapasón debe ser la causa. Por un lado, parece que la utilización de otros instrumentos (por ejemplo, un cepillo de dientes eléctrico en 2013) podría haber desencadenado consecuencias similares. De ahí que nos parezca factible la hipótesis de que las arañas podrían ser causantes de ese tipo de experiencias sensoriales en quienes las han sufrido. Pero, por otra parte, aunque con nuestros conocimientos actuales resulte imposible afirmar que las arañas traten deliberadamente de decirnos algo, sin duda es

legítimo pensar que hay algo que merece ser escuchado. Por ello, alentamos fervientemente a la asociación a proseguir con estas investigaciones.

Archivo n.º 689 (fondos de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas)

Correo electrónico de E. B. Trovato, doctor en Geopsicología, dirigido a Tamara Cesnosceo y al presidente de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas

Tres documentos adjuntos (no disponibles)

Asunto: No son acúfenos

Estimada colega, señor presidente:

Este correo es para hacerles saber que, en fechas próximas, enviaremos a la revista *Geopsychopathology* un breve artículo con los primeros resultados de la investigación iniciada gracias a la beca que tan generosamente nos concedió su asociación. A continuación, encontrarán sus contenidos esenciales.

Hasta la fecha, hemos procedido a evaluar a 30 sujetos que presentaban síntomas relacionados con los llamados acúfenos. De ellos, 15 son aracnólogos y aracnólogas que han estudiado el efecto de vibraciones por estimulación en las arañas (las especies estudiadas se describen en el apartado «Metodología», así como el material empleado en cada fase de evaluación; véase en el documento adjunto), 15 son pacientes humanos(as) que padecen acúfenos no relacionados específicamente con las arañas (hemos restringido la muestra tan solo a humanos, para limitar el número de variables posibles y considerando, asimismo, la dificultad de detectar esta patología en seres distintos a los humanos).

Según la hipótesis largo tiempo admitida (Peker y Sirin, 2016), los acúfenos provienen de una reacción «desproporcionada» del cerebro tras una pérdida auditiva y con la cual trata de compensar esa pérdida. Así, el cerebro crearía «sonidos fantasma» semejantes a los «miembros fantasma» (esos miembros amputados que las personas continúan sintiendo), con lo que, según esta teoría, los acúfenos serían «los dolores de un sonido fantasma».

Tras haber sometido a nuestros sujetos a una serie de pruebas, llegamos a la conclusión de que lo que afecta al grupo de sujetos aracnólogos (frente al grupo de control) no entra en la categoría de los acúfenos.

En resumen, esto es lo que las pruebas y los cuestionarios utilizados nos indican.

En primer lugar, el grupo de sujetos aracnólogos no manifiesta ninguna queja, al contrario que los sujetos del grupo de control (0/10 en la escala NPRS o «Numeric Pain Rating Scale», en los sujetos aracnólogos; frente a sensaciones de dolor o incomodidad que van de 5 a 9 en los sujetos que no habían trabajado con arañas ni diapasón, es decir, el grupo de control).

En segundo lugar, y esta es otra diferencia notable, no se constata ninguna deficiencia auditiva en el grupo de aracnólogos(as), contrariamente al grupo de control, en el que las deficiencias oscilan entre una «deficiencia de grado medio» y una «fuerte pérdida de audición».

Por último, todas y todos los aracnólogos afirman que, en propiedad, no puede hablarse de sonidos, sino de vibraciones que se traducen en pensamientos. Igualmente, aseguran no haber tenido jamás constancia de esa atípica capacidad de sinestesia.

Al someter a ambos grupos a imagen médica, aparece entre ellos una divergencia crucial. Los sujetos del grupo de control presentan una imagen de actividad cerebral normal mientras están escuchando los sonidos fantasma (hemos excluido a los individuos que padecían acúfenos debidos a disfunciones o malformaciones). En cambio, las imágenes del grupo de

aracnólogos(as) presentan sin excepción idéntica particularidad: las regiones que se activan con las sensaciones vibratorias, así se ve claramente en las imágenes, son las mismas que suelen iluminarse cuando el sujeto mantiene una conversación, algo que ya se había observado en el contexto de las improvisaciones musicales (Zyporin, 2017).

No es competencia nuestra determinar el origen de tales características sensoriales, y en este artículo nos limitamos a informar de los resultados (como podrán constatar al leerlo). No obstante, pensamos que tiene utilidad mencionar, para su información y la buena continuidad de su trabajo, dos elementos especialmente destacables en los cuestionarios a que hemos sometido a los sujetos.

Por un lado, todas las personas del grupo de aracnólogos(as) (frente a ninguna del grupo de control) mencionaron haber experimentado la irrupción de pensamientos que les parecían ajenos y cuyo contenido no comprendían, a menudo en forma de mandato o de pregunta enigmática. Por ejemplo: «Suelta un hilo para preguntar al viento» (*); «Contar historias es una competencia de los arácnidos; vuestras palabras ¿son más bien trampas o refugios?» (*). O también: «¿En qué frecuencia vibras?» (*). Encontrarán la lista en un documento adjunto (véase el Cuestionario 2.B.a). Hemos evaluado la posibilidad de que se tratara de formas de trance, pero los resultados no son concluyentes.

Nos preguntamos si no debería establecerse una conexión con la «adivinación Mambila» estudiada con detalle por el antropólogo David Zeitlyn en 1987, quien revela el papel esencial de las arañas en el proceso de adivinación en Camerún. En estas prácticas, se dispone una vasija vaciada sobre una madriguera de araña. En el interior de la vasija, sobre el suelo, se colocan algunas ramitas de madera y hojas, ordenadas de determinada manera. A continuación, se transmiten vibraciones a la vasija para incitar a la araña a salir de su agujero. Esta, con sus movimientos, desplazará uno u otro de los objetos allí colocados, y el modo en que dichos objetos quedan reorganizados (o, más exactamente, reorientados) permite responder a las preguntas que se hayan formulado. Así llegamos a la cuestión básica de esta analogía:

¿no podría tratarse de un fenómeno similar, solo que en este caso actuaría directamente, en forma de vibraciones, sobre los tímpanos humanos?

De igual modo, una de las participantes en el estudio (S/ar. 12) afirmó haber «escuchado» (precisamos que no se trata de audición y que nos faltan palabras para designar el fenómeno, clara muestra de nuestra pobreza de conocimientos): «En un mundo en el que las sensibilidades están en vías de extinción, deberías saber cómo ocuparte de tus receptores magnéticos» (*). Ese mismo sujeto nos expuso una hipótesis. Sus colegas y ella no padecerían ninguna patología, sino que en realidad su caso revelaría los efectos colaterales de una disfunción que afectaría a las arañas: estas últimas serían víctimas de una sobrecarga de ondas. Según este mismo sujeto, se crearía una auténtica «fonosfera» saturada de vibraciones en la parte superior de la atmósfera, «una red invisible de ondas que envuelve el planeta» y que reverberaría en la superficie de la Tierra. Por ese motivo, las arañas, tan sensibles a las vibraciones transmitidas por el aire, por los árboles y las plantas, por la tierra y las rocas, se hallarían en lo que, en el sistema de los sonidos, equivaldría a una cacofonía permanente. Así que se verían obligadas a tapar lo que se convierte en una verdadera descarga de ondas que parasitan las relaciones entre ellas y las que mantienen con las plantas y el resto de los seres. «De hecho —prosigue el argumento de esta investigadora—, lo que ahora hacen las arañas es gritar en ondas. Y nosotros, con nuestros presuntos acúfenos, no somos sino cajas de resonancia de la desesperación de las arañas».

Convendrán ustedes en que no podemos publicar estas últimas hipótesis, tan poco demostrables, pero mi equipo y yo mismo hemos querido mencionarlas, sabedores de su interés por esas ciencias tan prometedoras como son la literatura y la poesía tremológicas.

Agradeciéndoles el interés demostrado por nuestras investigaciones, reciban ustedes un cordial...

Archivo n.º 690 (fondos de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas)

Alocución de Tamara Cenosceco con motivo de la reunión plenaria anual de la asociación Ciencias Cosmofónicas y Paralingüísticas

Mis muy queridas y queridos colegas:

Querría hoy hablarles de una carta que he recibido hace muy poco. La envía una de nuestras colegas arcnólogas, la doctora Connie Grace, quien dice haberla escrito tras participar en la experiencia sobre los acúfenos llevada a cabo por el equipo del doctor Trovato. En esta carta, la doctora Grace me cuenta cómo, de pronto, comprendió que las sensaciones de acúfeno podrían deberse al hecho de que las arañas se vean obligadas a superar el «ruido de fondo» proveniente de la plétora de ondas y vibraciones que creamos sin cesar en nuestros entornos superantropizados. Su primera intuición fue que las arañas, por así decir, «vibraullaban» (término que inventó para aludir al efecto de un grito en forma vibratoria), y que si se dirigían a los arcnólogos era porque tal vez pensaban, a causa de las experiencias con el diapasón, que estos hablaban su misma lengua. Si esto es así, prosigue mi correspondiente, cabe preguntarse: ¿no estaremos, con nuestras investigaciones, simplemente añadiendo más ruido al ruido? Cito sus palabras: «¿No deberíamos replantearnos de arriba abajo nuestros métodos? En nuestro gremio, muchas veces pretendemos “comprobar las reacciones”, o bien tratamos de entablar diálogos, pero debemos asumir que hasta ahora no hemos hecho otra cosa que interferir. No se trata aquí de cuestionar la interferencia (¿qué es la comunicación de una especie a otra sino interferir?), sino de efectuarla sabiendo que con ella rompemos el pacto de silencio de las arañas. Sin duda, deberíamos pensar cómo llevarla a cabo con la educación y todas las precauciones de cortesía propias de quienes entran en casa ajena¹⁴».

Queridas y queridos colegas, esta carta debe hacernos reflexionar. La doctora Grace habla de la ruptura del pacto de silencio, y quizá se trata precisamente de eso. Las arañas tomaron la muy sabia decisión de ocupar los intersticios de la

visión y la audición, de poblar con sus propias historias un mundo en el que hablar hace vibrar y vibrar hace responder: son cantantes silenciosas de un canto comunicado por una gran diversidad de sustratos¹⁵. Cantantes silenciosas, porque su poesía insonora se escribe en la ínfima vibración de las telarañas, de las hojas, de los tallos, a coro con las danzantes partículas de polvo, con el viento, con las vibraciones terrestres, las ondas telúricas y los acontecimientos cósmicos. Todo les hablaba y todo escribía junto con ellas desde tiempos inmemoriales... hasta que llegamos nosotros. ¡Imaginad por un instante lo que deben pensar de nosotros, los humanos! ¡Charlatanes incoherentes! ¡Peor! ¡Bárbaros, analfabetos, iletrados! Pensad qué dirán para sus adentros al escuchar esa cacofonía vibratoria sin gramática, sin rigor, sin ritmo, sin puntuación. Borborigmos... Y eso con suerte, porque quizá un día descubramos que los borborigmos son coros líricos de las poblaciones bacterianas que garantizan el mantenimiento de nuestras vísceras. ¡Vaya lengua primitiva que les imponemos! ¡Una lengua que, de hecho, ni siquiera es lengua! Y con los diapasones (incluso con los cepillos de dientes eléctricos), ¿a cuántas nuevas desilusiones no las habremos expuesto? No hemos establecido contacto, solo hemos hecho ruido.

Mis queridos y queridas colegas, hemos de rendirnos a la evidencia: esos pretendidos acúfenos son una señal clara que nos envían las arañas. Y debemos escucharla. No, debemos vibrar con ella y hacer que reverbere. Nuestras investigaciones han de ser el eco. No debemos olvidar lo que sabemos desde mucho antes de Buffon, lo que bien saben quienes danzan bajo la protección de las tarántulas: a las arañas les gusta la música. Habremos de continuar investigando, pero deberemos hacerlo artísticamente. Con esto no quiero decir que, a partir de ahora, solo podrán dialogar con ellas quienes se dediquen al arte, sino que los científicos y las científicas habrán de dirigirse a ellas como artistas, o más exactamente como artistas que se dirigen también a artistas. ¿Quién sabe? Quizá las arañas descubran, si perseveramos en esa vía, que pueden llevar más allá nuestras aptitudes sensibles, que podemos ser menos brutales que hasta ahora, que somos capaces de progresar y convertirnos, junto con ellas, en apacibles tremopoetisas y tremopoetas,

intérpretes musicales de acordes sinestésicos, artífices de historias verdaderas por venir y cuya autoría será compartida. Recordad que no solo lo viviente tiene historias que contar (*). Aprenderemos, con ellas, a cultivar los acúfenos, a acogerlos y a honrarlos: gracias a las arañas, estableceremos conexión con la tierra por medio de los tímpanos. Y entonces percibiremos los cantos del planeta y del cosmos, de los tallos y de las plantas que responden a las vibraciones de las mudas cigarras; el aire será nuestro escenario y el viento nuestro director de orquesta. Escribiremos por fin juntos la poesía de un silencio trémulo y apenas murmurado.